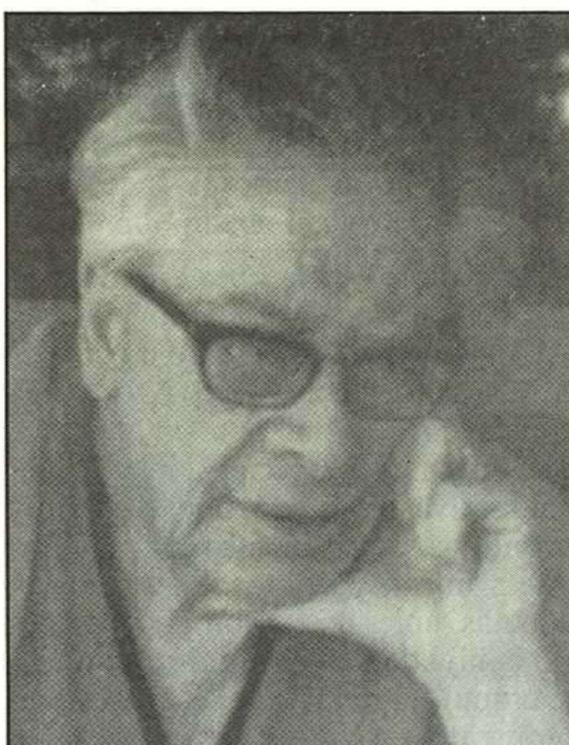


Marcelino Pan y Vino

José M^a Sánchez Silva, el único Andersen español

por Anabel Sáiz Ripoll*

José M^a Sánchez Silva es el único escritor español que ha ganado el Premio Andersen. El feliz acontecimiento tenía lugar en 1968, aunque en esa ocasión, por primera vez, el premio se otorgaba ex aequo a Sánchez Silva y a James Kruss, de Alemania. Por aquel entonces, nuestro Andersen tenía publicados ya más de treinta libros —aunque no todos infantiles— pero, sin duda, fue Marcelino Pan y Vino, traducida a muchas lenguas, incluso al japonés, la que le valió el preciado galardón. En el siguiente artículo, se analiza a fondo este libro, todo un clásico de la literatura infantil en nuestro país.



José M^a Sánchez Silva.

«Has sido un buen muchacho y yo estoy deseando darte como premio lo que tú más quieras.»

José M^a Sánchez Silva (Madrid, 11 de noviembre de 1911) es el autor de *Marcelino Pan y Vino*, que ha sido su obra más famosa. No obstante, además de escribir cuentos y novelas, se ha dedicado también al periodismo. Entre 1940 y 1952 fue redactor jefe y subdirector del diario *Arriba*; director del Semanario *Tajo*; director de *Sí*, suplemento semanal de *Arriba*; director de la *Revista de las Artes y Oficios*, y colaborador del diario *Pueblo*. En 1946 se le concedió, por su obra periodística, el Premio Mariano de Cavia.

Ha escrito también guiones cinematográficos y en 1942 ganó el Premio del Sindicato Nacional del Espectáculo. Posteriormente, obtuvo, en 1944, el accésit al Premio Nacional de Literatura; en 1945, el primer premio Cuentos Infantiles, de Ediciones Boris Bureba; en 1957, el Premio Nacional de Literatura; y en 1968, el IBBY le otorgó el prestigioso Hans Christian Andersen. Hasta el momento,

José M^a Sánchez Silva es el único autor español que lo ha conseguido.

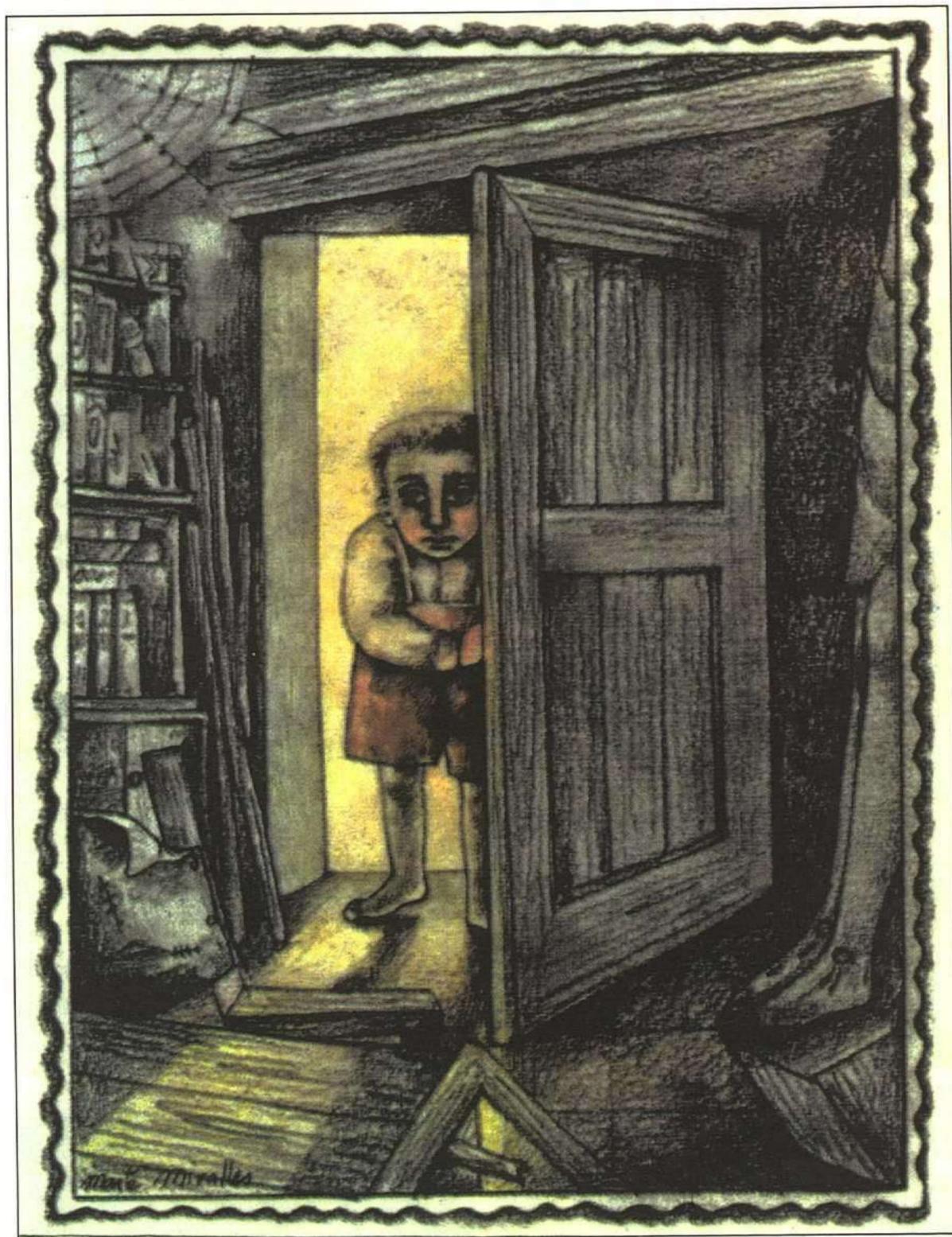
Aparte de *Marcelino Pan y Vino* (1952), obra que le ha dado renombre internacional, José M^a Sánchez Silva ha escrito otros títulos, entre los que destacamos los siguientes: *Historias menores de Marcelino Pan y Vino*, *Historias del cielo*,¹ *La burrita Non*, *¡Adiós, Josefina!*, *Adán y el señor Dios* y la serie *Ladis*, entre otras.

Un clásico infantil

De *Marcelino Pan y Vino* se han publicado más de 100 ediciones en distintas lenguas y se popularizó extraordinariamente gracias a la versión cinematográfica que realizó en 1955 Ladislao Vadja, que protagonizó el entonces niño prodigio Pablito Calvo. La película tuvo mucho éxito en España y en Europa. Ha habido una versión más reciente que no ha tenido demasiada relevancia ni de público ni de crítica.

El relato de *Marcelino Pan y Vino* se apoya en la temática religiosa; pero cambia de perspectiva y nos habla de una religión más cercana a los niños, más afectuosa, más humana, más tierna, menos dogmática, menos represiva, menos severa que la que se había propugnado en décadas anteriores. Es la religión del amor y de la fraternidad.

José M^a Sánchez Silva afirma que su historia es «un cuento de padres a hijos; es una historia cristiana muy como dulce y suave, y hasta algo preñada de la idea de la muerte, tan ajena a la juvenil grey por lo común».² El libro tiene, pues, un carácter de oralidad y, efectivamente, la idea no es original del autor, sino que se remonta a «aquel viejo cuento, nunca olvidado y siempre recordado, que me contaba mi madre en los lejanos días de la niñez».³ José M^a Sánchez Silva se inspira en una antigua leyenda que él recoge y adapta, dándole una nueva visión, una nueva perspectiva.



MAITE MIRALLES. MARCELINO PAN Y VINO, VALLADOLID: MIÑÓN, 1981.

Marcelino Pan y Vino está dedicado a Sara, la hija del autor, que en 1951 había ingresado como novicia en la Compañía de María. A esta circunstancia personal se unen otras que dan un carácter especial al relato. Sánchez Silva se quedó huérfano muy pronto y sentía la misma nostalgia que siente Marcelino de sus padres; además, antes de escribir el libro, murió la hija de unos amigos suyos. Esto le empujó a redactar el cuento en un momento en que había dejado su puesto en *Arriba*. Así pues, *Marcelino Pan y Vino* cobró vida en dos semanas, pero su autor lo llevaba escrito en su mente desde hacía bastante tiempo. No es un libro ocasional, sin méritos literarios, ni oportunista; al contrario, es una obra pensada y meditada con absoluta seriedad.

La historia es sencilla. Unos frailes, que desde hace cien años ocupan unos terrenos de la comunidad, recogen a un niño abandonado a las puertas del convento, lo cuidan y quieren. Marcelino, aunque es feliz con sus frailes, los animales del convento y hace las travesuras propias de cualquier niño sano, está solo, no tiene amigos de su edad y se inventa a Manuel, un niño con el que apenas ha hablado una vez.

Siguiendo su vida diaria, Marcelino, un buen día, infringe una prohibición y sube al desván del convento. La curiosidad normal en un niño de 5 años le lleva a ello. Una vez en el desván, descubre a un hombre con el que, pasado el susto inicial, entabla una relación de afecto y amistad.

Marcelino le sube de comer día tras día y habla con Él, que no es otro que

el propio Jesús. Sánchez Silva aprovecha estas conversaciones para introducir ciertas nociones de doctrina cristiana, aunque de forma dulce y adecuada a las mentes infantiles. Es el propio Jesús, con humor y ternura, quien le pone el sobrenombre al niño, *Pan y Vino*, aludiendo al alimento que le sube todos los días y a la Eucaristía.

Tanto cambia Marcelino y tanto transforma sus hábitos de vida desde su encuentro con Cristo, que los frailes empiezan a sospechar y, atónitos, asisten al milagro que cierra el cuento. Cristo, que quiere mucho al niño, que ve en él bondad infinita, ha decidido premiarlo con lo que Marcelino más desea en este mundo, ver a su madre. Por lo tanto, Marcelino no muere, sino que pasa a vivir eternamente. De ahí que sea un final feliz.

«Has sido un buen muchacho» (análisis del contenido)

Marcelino Pan y Vino contiene una única información relevante que es la que hace referencia a la psicología del niño. Todo lo demás, espacio, tiempo y frailes, queda desdibujado, es el telón de fondo. Una sola cosa importa: la amistad de Marcelino con Cristo, lo demás es accesorio y secundario.

Marcelino, pese al cariz milagroso que toma su vida, se presenta como un niño normal del que podemos destacar los siguientes rasgos psicológicos:

—Es muy ocurrente, tanto que pone unos motes muy acertados a cada fraile (*Fray Papilla*, *Fray Puerta*, *Fray Bautizo...*).

—Es travieso y bueno a la vez. Mezcla ambas vertientes, como suele suceder en la vida real. Según las situaciones se comporta de una manera o de otra.

—Es imaginativo. Así, es capaz de mantener conversaciones con su amigo Manuel y creerse que está jugando con él.

—Es generoso. Comparte con Cristo lo que tiene y siente piedad por Él, por su sufrimiento.

En Marcelino se opera un cambio de niño travieso a niño santo. La lectura del capítulo VI alude a este cambio. Muda de costumbres y sólo quiere estar con Cristo, porque con Él ha descubierto el Amor.

El libro contiene momentos absolutamente brillantes y sobrecogedores. Sánchez Silva profundiza psicológicamente en el niño de forma realista, no ya cuando alude a sus juegos, sino a sus pensamientos, a sus necesidades, propias de cualquier niño: tener amigos de su edad. Para conseguir cubrir esta carencia, se produce en Marcelino un desdoblamiento de personalidad que alivia la soledad afectiva del niño.

Marcelino también encarna el rol del niño huérfano y desvalido que encuentra a faltar a su madre, que siente añoranza de ella, que la ha perdido por no sabemos qué extrañas circunstancias. Por eso escucha tan atento a Cristo cuando le explica cómo son las madres, porque él nunca la ha conocido. Ese recurso facilita escenas emotivas en la mente del lector que puede llegar a imaginarse

cómo sería el mundo si le faltase todo aquello que Marcelino no ha tenido nunca. Es el cuento que conforta, que nos permite ver que hay otros seres que viven peor que nosotros, que no tenemos derecho a quejarnos, que la alegría no está en las cosas materiales, sino en el interior. Más o menos, responde a la idea de autarquía que dominaba en la época.

Un diálogo es esencial en *Marcelino Pan y Vino*. Es el momento en que Cristo, también sorprendido, le pregunta al niño si no le inspira temor y el niño responde con absoluta facilidad y espontaneidad, y acierta a dar con el misterio de lo inefable:

«El Señor sonrió y preguntó de nuevo:

—¿Es que no te doy miedo ninguno?

—¡No! —repuso el chico, mirándole tranquilamente.

—¿Sabes, pues, quién Soy? —interrogó el Señor.

—¡Sí! —repuso Marcelino—: ¡Eres Dios!»⁴

Sólo un niño puede pasar esta barrera y no asombrarse de lo milagroso, y unir la esfera de lo real con la esfera de lo divino.

Tal vez lo más importante no sea el



LORENZO GOÑI, MARCELINO PAN Y VINO, MADRID: DONCEL, 1962.



final, sino la relación que se establece entre el niño y Cristo, una relación casi humana que demuestra que en la religión católica el amor del mensaje de Jesús puede más que la cólera divina o las amenazas represivas. Aparte, como ya dijimos en otra ocasión,⁵ Marcelino ya no es el niño santo típico y tópico, sino un niño que mezcla la ejemplaridad con la travesura.

«Ten cuidado, Manuel» (análisis de la estructura y funciones)

Marcelino Pan y Vino se divide en seis capítulos, su estructura es simple y responde a las tres partes típicas de cualquier relato:

Cap. I: Introducción.

Cap. II: Acción.

Cap. VI: Apoteosis final.

Basándonos, fundamentalmente, en los cuatro capítulos que condensan las acciones de Marcelino mientras va creciendo, podemos establecer una serie de funciones-tipo que, en líneas generales, responden a lo que ya conocemos por otros cuentos: el objetivo del niño es la superación de una carencia inicial; aunque aquí los medios y los resultados son diferentes. Veamos por qué:

- **Carencia inicial.** A Marcelino le falta el amor de su madre que no puede sustituir con nada.

- **Intentos de superación.** Marcelino quiere suplir esta carencia para evitar su soledad y utiliza tres estrategias:
 - El afecto que le brindan los frailes y que es recíproco.
 - El juego con los animales del convento y sus travesuras compartidas con el gato y la cabra nodriza.
 - La invención de amigo con quien hablar, Manuel.

- **Prohibición.** Sobre Marcelino recae una prohibición: la de subir al desván.

- **Transgresión.** Marcelino transgrede la prohibición y sube al desván.

- **Encuentro.** Marcelino se encuentra con un hombre semidesnudo y

unido a una gran cruz en el desván. La primera reacción es la de temor y huida.

- **Reconocimiento.** Marcelino, al fin, reconoce en el hombre del desván a Cristo, a Jesús crucificado.

- **Información.** Marcelino inicia un diálogo con el hombre del desván que le lleva a conocer toda su vida, a explicarse muchas cosas que aún no había conseguido entender.

- **Acciones.** Marcelino lleva de comer cada día a Cristo una ración de pan y un vaso de vino, a veces carne o pescado, porque cree que pasa hambre. Además, le sube una manta para que se caliente y le hace compañía.

- **Transfiguración.** Marcelino cambia de comportamiento exterior, pierde las ganas de jugar y de hacer travesuras, se vuelve estático y los frailes empiezan a sospechar.

- **Reaparición.** La carencia es colmada. Marcelino encuentra en Cristo la solución. Ya no tendrá que inventarse más amigos imaginarios, porque ha encontrado uno eterno.

Éstas serían las funciones que integran el relato *Marcelino Pan y Vino*. Podemos observar que, a partir de la subida al desván, siguen un esquema similar al de los cuentos maravillosos, incluso aparece un objeto mágico, esta vez milagroso, que es la capacidad que tiene el niño de darle vida a Cristo, de hacerle descender de la cruz. Todas las acciones del niño van encaminadas a la superación de sus problemas infantiles, a colmar la ausencia de amigos de su edad, de calor maternal.

«¿Tú hablas también con Dios?» (análisis de la pragmática)

Marcelino Pan y Vino es un libro atemporal en el que no importa demasiado el paso de los días, en el que todo se vive con el ritmo monótono y pausado propio de los conventos. El libro respira serenidad y placidez en todo momento. No hay protestas con-

tra una situación injusta, no hay rebeldía por parte del niño, sino sólo sumisión y bondad, santa alegría franciscana.

Pero, ¿qué despierta el libro en los niños? Algún sentimiento debe de provocar todavía, porque es un cuento del que se siguen haciendo ediciones, que se sigue leyendo con emoción contenida, pese a la progresiva secularización de nuestra sociedad. Tal vez sea el niño, Marcelino, el pequeño ingenuo que acepta los grandes misterios de la vida con inquebrantable serenidad, quien siga motivando todavía a los lectores.

Podemos estar o no de acuerdo con el mensaje cristiano, podemos creer más o menos en su doctrina; pero lo que no podemos discutir, después de leer el libro, es que en él se exponen con absoluta sencillez y facilidad los enigmas más difíciles, más inexcusables del catolicismo. Es un buen libro, pues, para emplear como catecismo, para adoctrinar a los niños de forma menos traumática a lo que se venía haciendo en la época a través de manuales que pretendían ser más serios, más reales, más *pedagógicos* y que sólo infundían temor en el niño, no la semilla del amor, que es lo que quiere introducir Sánchez Silva.

Recordemos que en los años 50 —anteriores y posteriores— cualquier acto social debía ir precedido de celebraciones religiosas y las conmemoraciones escolares eran también de marcado signo litúrgico. Pues bien, si



MAITE MIRALLES. MARCELINO PAN Y VINO, VALLADOLID, MIÑÓN, 1981.

había que aprender doctrina, de cualquier modo, el método de *Marcelino* nos parece el mejor, aunque contiene las mismas consignas ideológicas del momento: bondad, ingenuidad, sumisión, caridad, etc.

Fray Papilla (análisis del estilo)

Sánchez Silva escribe el relato en tercera persona omnisciente, aunque, muy esporádicamente, hace de narrador testigo y se incluye a sí mismo dentro de la narración.

El léxico de *Marcelino Pan y Vino* es un léxico vivo y coloquial, alegre y llano. Términos como *rorro* o *mamoncillo* amenizan el relato. Sánchez Silva sabe hacer atractivo al niño lector su cuento y, así suele incluir situaciones divertidas o ingeniosas, como cuando un buen fraile idea el modo de dar de comer al niño, o cuando Marcelino rebautiza con motes a los frailes, o cuando habla con su gato *Mochito*, o cuando juega con los escasos juguetes que tiene a su alcance o, en suma, cuando le sube carne al Señor.

Aparecen notas de humor, incluso en situaciones aparentemente tristes, como en la del entierro de Marcelino. Sánchez Silva lo describe con un tono distendido para evitar el dolor en los lectores, para demostrar que es un momento de dicha, de gozo espiritual:

«Por cierto que si Marcelino hubiera vivido y hubiese asistido a un entierro se-

mejante al suyo, habría reparado en que el músico que tocaba el bombo de aquella banda era muy delgadito y parecía ir a perder el equilibrio por el gran peso de su tambor, mientras que el que tocaba el clarinete era un gordo enorme, que parecía fumar en aquella especie de estrecha boquilla que era en sus manos la delgada trompeta.»⁶

En la narración se emplean frases largas coordinadas la mayoría de las veces, y no escasean las figuras retóricas sencillas como la antítesis, de la que acabamos de ver un buen ejemplo, o las comparaciones («rápido como el rayo», «como una exhalación») que ayudan a que, de vez en cuando, el ritmo rápido del relato se remanse, se haga calmado y reposado. De hecho, las descripciones que más abundan son las de los procesos anímicos de Marcelino que nos acercan más al niño. De Marcelino se describen sus dudas y vacilaciones, y su espontaneidad, su inteligencia, su vivacidad, su alma, en suma.

Los diálogos son poco frecuentes. Los que aparecen se construyen a base de preguntas y de respuestas breves, sencillas, que recuerdan una conversación real por las interrogaciones, las interrupciones, las exclamaciones o los puntos suspensivos.

«Tú te llamarás desde hoy Marcelino Pan y Vino» (conclusión)

Sánchez Silva podría haber escrito, con todos los detalles, una novela larga, pero, en ese caso, tal vez no habría transmitido la magia que desprende el protagonista indiscutible del relato, Marcelino.

En el libro hay dos actores principales, Cristo y Marcelino; pero es Marcelino quien se mueve más, porque Jesús es contemplativo, se limita a mirar y a comentar de forma *especial* las cosas. Es Marcelino quien pasa por *peligros* en la cocina, quien

roba la manta, quien sube al desván cada día. Es Marcelino el que actúa, porque es él quien provoca el milagro de la humanización de Cristo. Tras esto, Marcelino se hace también contemplativo y estático, como Jesús. Hay una especie de desdoblamiento de personalidad de ambos: cada uno representa un aspecto de la vida, una cara de la realidad. Al final, acción y contemplación se unen, se hermana, se perpetúan en la muerte de Marcelino. ■

* Anabel Sáiz Ripoll es doctora en Filología, profesora de Literatura Española y directora del IES Jaume I, de Salou (Tarragona).

Notas

1. Obras en que prosigue con la figura de Marcelino y el reencuentro con sus padres en el cielo, aunque son de menor calidad.
2. Citado por Carmen Bravo-Villasante en *¿Qué leen nuestros hijos?*, Madrid: Magisterio Español/Prensa Española, 1975, col. RTVE, 33, p. 86.
3. Citado por A. Basanta Reyes, «La literatura infantil en España: pasado, presente y futuro», conferencia pronunciada en Málaga en diciembre de 1988. Facilitada por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez.
4. *Marcelino Pan y Vino*, Madrid: Susaeta, 1981, col. Las Campanas, 15, p. 55.
5. Compárese con A. Sáiz Ripoll, «Modelos de infancia», *CLIJ*, 45, diciembre 1992, p. 11.
6. *Op. cit.*, p. 81.

Bibliografía

- Bravo-Villasante, C.: *¿Qué leen nuestros hijos?*, Madrid: Magisterio Español/Prensa Española, col. RTVE, 33, 1975.
- Castro Alonso, C.A.: *Clásicos de la literatura infantil*, Valladolid: Lez Nova, 4, 1989.
- Gómez del Manzano, M.: *El protagonista-niño en la literatura infantil del siglo XX. Incidencias en la personalidad del niño lector*, Madrid: Narcea, col. Padres 2, 1986.
- Hürlimann, B.: *Tres siglos de literatura infantil europea*, Barcelona: Juventud, 1968.